

GUERRA Y PAZ EN LA ESPAÑA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

Por el Académico Correspondiente
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio

Un matusalénico habitante de Sirio que, tras un periodo no demasiado largo, volviese ahora a contemplar la faz de España refrendaría contundentemente el análisis de los sociólogos que ven en ella a la nación del Viejo Continente más afectada por el cambio acelerado —en ciertos casos, trepidante— durante el último medio siglo. Y, en tal paisaje, pocos ejemplos de mayor fuerza simbólica y real que el ofrecido por la actitud de los habitantes del viejo país ante la guerra. Uno de los pueblos más belicosos del planeta, cuya realidad histórica responde esencialmente al antagonismo permanente cara a un otro interno o externo —enemigo o adversario— al que se desea aniquilar por razones de dominio o defensa, descubre hodierno una fisonomía social y cultural en la que es muy arduo encontrar alguna huella significativa de la que, durante milenios, fuese una presencia absorbente. Un pacifismo a ultranza recorre la mentalidad y la articulación social de la única colectividad europea en la que, al día siguiente de la supresión del servicio militar obligatorio —durante decenios decisivos columna vertebral de la construcción de su identidad contemporánea—, sus Ejércitos debían apelar a los residentes extranjeros para cubrir —muy a la baja en determinados cuerpos— las mínimas exigencias de dotación. Fenómeno, sin duda, de capital trascendencia, merecedor de un estudio de ancho radio que aquí, por obvias razones, no cabe ni siquiera esbozar.

No obstante, desde una perspectiva histórica, es fácil entender que, junto a la ardiente ideología pacifista difundida entre las jóvenes generaciones por la intensa propagación del pensamiento de la revolución estudiantil de 1968, la neutralidad española en las dos conflagraciones mundiales de la centuria pasada y su consiguiente marginación de las terribles secuelas provocadas por aquéllas contribuyesen poderosamente en su juventud al alejamiento de un horizonte bélico y a una sensibilidad, en algunos casos, trememente por la causa de la paz. De influjo de

menor vitola conceptual, pero no por ello quizá de menos importancia en la cosmovisión antibélica de la población juvenil española de las últimas hornadas, se revela —insistamos, a escala doméstica— su rechazo frontal ante el legado y la memoria de la contienda civil de 1936-39, único conflicto dirimido por el país en su propio territorio a lo largo del siglo XX. Sus devastadoras consecuencias en todos los planos de la existencia nacional es lógico que, concurrentemente a los factores ya indicados, hicieran anidar en el espíritu de dichos sectores un repudio visceral del hecho bélico en cualesquiera de sus manifestaciones. De tan poderosa corriente, pues, nace la marea inundatoria que, a la fecha, se erige en una de las constantes más firmes de la comunidad hispana, en abierto contraste, cuando no en franca oposición, con uno de los rasgos más configuradores de su pasado, incluso del reciente.

Pues, en efecto, no cabe olvidar que también en el siglo más “pacífico” de su historia —el abierto con el Desastre que ponía fin a su etapa imperial, y cerrado con su retorno a Europa mediante el ingreso en 1985 en la Unión Europea—, aparte de la excruciante pugna fratricida, los mozos españoles lucharon ininterrumpidamente en suelo magrebí entre 1909-27 para consolidar el Protectorado obtenido por el Estado canovista en las tardías migajas del reparto de África diseñado por las grandes potencias europeas a finales del ochocientos. El resultado último —única victoria militar de una potencia colonialista en el teatro bélico-político del siglo XX y afianzamiento popular de la primera dictadura castrense en el transcurso de la misma centuria— no pudo ocultar la dureza del enfrentamiento con tribus de indiscutible ardor y espíritu combatiente, reflejada en una literatura de primer orden expresivo: Barea, Gecé (Ernesto Jiménez Caballero), Sender... En los pródromos de la guerra civil —la revolución de Asturias— y durante su desarrollo el terror infundido por los soldados “moros” en sus enemigos recogía el eco de las duras campañas del Atlas. Justamente en los alledaños de la frontera sur del reino alauita —en los territorios de Ifni— se verificarían, en las postrimerías de los años cincuenta, los últimos combates formales librados por tropas españolas hasta el presente, algunos de cuyos jefes participaron igualmente en la única experiencia de tal índole en el decenio anterior —la protagonizada por la División Azul—, con el lance menor de la lucha antiguerrillera desplegada en el somontano aragonés en el otoño de 1944.

Cincuenta años apenas es el caudal de pacifismo genuino —el del silencio completo de las armas y el cerramiento con siete llaves de todos los templos de Jano— atesorado por la comunidad española desde su temprano acceso al rango de Estado-nación hace quinientos años. Evidentemente, un trecho muy reducido en la historia de un pueblo que durante medio milenio, producida la unidad del país, no dejó siquiera un quinquenio sin recurrir como última razón a la fuerza de las armas en luchas intestinas y, más comúnmente, exteriores a causa de su liderazgo mundial y condición de primera potencia ultramarina. En ningún siglo dejó

de sufrir el azote terebrante de los duelos fratricidas y los antuviones de las invasiones extranjeras —en los siglos de Oro a cargo invariablemente de Francia, ya que las acciones piráticas y los asaltos ingleses a puertos peninsulares e insulares no pasaron de ser acciones muy específicas que afectaron directamente a un mínimo contingente de la población y en las que intervinieron, de un lado y otro, muy escasos efectivos; mas aun así, naturalmente, no dejaron de ser sucesos que explicitaban la permanente tensión bélica a que se encontraba sometida la nación sobre la que recayó el peso de la púrpura del mundo cristiano durante doscientos años.

A pesar de que, como toda gran potencia, se afanó por “exportar” la guerra y de la cifra ingente de los mercenarios extranjeros o súbditos extrapeninsulares de la Monarquía Católica, la España de los Austrias vivió en permanente pie de guerra, constituyendo el conflicto una realidad omnipresente para la mayoría de sus integrantes. Sus combatientes armados encontraron de ordinario el apoyo resuelto de sus coterráneos e, indeficientemente, el de la inteligencia del país, que los nutriría sin descanso de un pensamiento muy elaborado para sostener su actividad bélica sobre principios, cuando no universales, en todo momento de gran aceptación en el conjunto de la sociedad. Políticos y diplomáticos dejaron constancia de ello con irreprimitible admiración, prolongada hasta el final mismo del estatuto imperial de España en diversos pueblos, entre los que con frecuencia figuró a la cabeza el alemán.

Precisamente en tiempos ya de revisionismos y ocasos, y cuando el lema *Germania docet* comenzaba a imantar insoslayablemente tras Sedán a los espíritus científicamente más ambiciosos de la postrada nación, un autor tan cosmopolita y conoedor de todo lo alemán, D. Juan Valera, no dejó de asombrarse del fértil cultivo de las virtudes militares a todo lo largo de los siglos de Oro y de la perfecta empatía y simbiosis entre la pluma y la espada, las letras y las armas, conforme ilustraran en grado máximo Cervantes —escritor militar, si los hubo—, Lope, Quevedo, Góngora o Calderón, escoltados por una copiosa legión de tratadistas y autores de menor relieve artístico o doctrinal, pero sobre los que suelen descansar los fenómenos de socialización cultural, tan visibles y operantes en la España de la mencionada época. Menos germanófilo —en particular, en su mocedad—, pero en comunión externa y oficialmente más estrecha con el ideario de sus compatriotas de la etapa imperial, Menéndez y Pelayo esculpió frases y sentencias llamadas a ocupar el frontispicio de innumerables edificios estatales y porticar manuales y libros de texto de la enseñanza primaria y secundaria en el periodo franquista, en las que se vertía inmarcesible gratitud a las proezas de los españoles de dichos siglos, equiparados con el canon perfecto de la identidad nacional más auténtica. Un discípulo crítico del polígrafo santanderino, con fuertes lazos en su juventud y madurez con el mundo de la Institución Libre de Enseñanza e intelectual egregio y dotado de una insuperable capacidad de influencia en la cultura hispana de la centuria precedente, D. Ramón Menéndez Pidal, figuraría también, por numerosos e incontestables títu-

los, en vanguardia de los hombres de letras cimeros en el enaltecimiento del esplendor militar de la España del quinientos y de los motivos que lo inspiraron. Definidor supremo, conforme es harto sabido, del sentimiento nacionalista hispano de la primera mitad del novecientos y declarado defensor de la tesis, hoy tan yerma, de la psicología de los pueblos, el descollante filólogo e historiador gustó de poner de relieve en sus múltiples trabajos de erudición y análisis en los que describiera y sostuviese la existencia —como realidad histórica, por supuesto, no, desde luego, eviterna...— de un carácter nacional hispano, el vigor mantenido por los milites españoles del Imperio en pro del pensamiento que nutría sus empresas y aventuras. En su libro más difundido en el tema —*Los españoles en la Historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política*, Madrid, 1982, p. 102— escribirá al efecto: “Era lema muy usado por los soldados españoles de la Contrarreforma: *Por la honra pon la vida, y pon las dos, honra y vida, por tu Dios*. En esas palabras se ve cómo las tres vidas, valuadas correlativamente por Jorge Manrique, estaban entonces, en igual correlación, presentes en el ánimo de cualquier español. Todos sabían que, en último término, por lo que el soldado daba su vida era por su Dios. El Tansillo, en sus tres sonetos ante el ingente montón de huesos insepultos en las playas dálmatas (*ossa di sepulcro prive*), cadáveres de los 3.000 defensores de Castelnuovo en 1539, ensalza la gloria terrena alcanzada por aquellos héroes de Iberia, pero pone la coronación excelsa de esa gloria en haber vendido muy caras sus vidas percederas para comprar la vida eterna”.

Seguidor incondicional de D. Ramón en sus grandes lineamientos del pasado hispano y su enfática defensa de la teoría de los caracteres nacionales como clave interpretativa del pasado, el historiador quizá más respetado en los círculos profesionales y en los ambientes cultos de los decenios centrales del siglo XX, D. Claudio Sánchez Albornoz, llegó a ensalzar casi epinicia y bombásticamente las “gestas” militares hispanas en todos los rumbos de la rosa de los vientos, desde Túnez y Sajonia al Anahuac. Cantor desbordado y torrencial de los trabajos y los días de Cortés, Pizarro, Almagro y sus huestes en el Nuevo Continente fue, conforme se sabe, otro conspicuo coetáneo de las dos personalidades antecitadas: Salvador de Madariaga, quien en su fe —secular y civil— hispánica no vaciló en acusar de “traición española” a Bolívar y otros próceres de la Emancipación...

Bien que el apresurado repaso por la temática castrense en una gavilla de autores todos ellos incluidos, con rasgos muy peraltados, en el reducido elenco de los clásicos, podría a todas luces prolongarse sin esfuerzo a otros varios de igual condición —Marañón, García Gómez, etc., etc.—, a los efectos perseguidos en tan esquemáticas líneas como las presentes bastará sin duda lo apuntado para comprobar de modo quizá irrefutable la unanimidad de algunas de las voces más preclaras de la literatura e historiografía españolas contemporáneas a la hora de expresar, con la independencia propia de su insobornable condición intelectual, su respaldo y simpatía por los esfuerzos desplegados en la etapa áurea de la influencia y poder

de los españoles en el mundo por sus ejércitos, portaestandartes en mil campos de batalla de sus intereses y creencias. En tiempos ya de atardecida, el mayor *laudator temporis acti*, D. Francisco de Quevedo y Villegas, escribió, paródicamente, el “Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando”, que por sí sólo legitima los esplendores del siglo de Oro y en que se lee que “De España vienen hombres y deidades,/ pródigos de la vida, de tal suerte,/ que cuentan por afrenta las edades,/ y el no morir sin aguardar la muerte:/ hombres que cuantas hace habilidades/ el yelo inmenso y el calor más fuerte,/ las desprecian, con rábanos y queso,/ preciados de llevar la Corte en peso”. (*Apud Obra Poética*, Edición de José Manuel Blecua. Madrid, 1999, p. 416). Versos a su vez glosados, entre nostálgico y aristarco, por otro gran y radical poeta de la segunda mitad del siglo XX: “Con larga lucha nuestra historia empieza:/ por siglos combatiente, / el español salió a comerse el mundo/ por seguir la costumbre de la espada,/ en busca de un fulgor de gloria y de oro/ sin distinguir lo que era Dios o fuente/ de juventud o mágico tesoro/ que gastar en grandeza almidonada”. (José M^a Valverde, *Obras Completas*, Madrid, III, p.).

Nada, empero, más inexacto y fantasioso que imaginarse a la España de los Felipes como una Prusia adelantada, como un Estado convertido en cuartel. Es cierto que la guerra movilizó toda suerte de energías en buena porción de sus habitantes, y hasta con un poco de licencia cabría hablar en algún sentido, *avant la lettre*, de una industria militar, pero, pese a lo cual, la guerra fue siempre en ella un instrumento, nunca un fin. La nobleza guerrera no logró jamás imponer sus hábitos en la Corte que hasta en el más belicoso de los Austrias después del César Carlos, su biznieto Felipe IV, mantuvo etiquetas, hábitos y preferencias de claro sesgo civilista. Su hijastro, el segundo D. Juan de Austria, así como el primero y más renombrado, el hermanastro del “Rey Prudente”, famosos entrambos por su hoja de servicios castrenses, jugaron —sobre todo, el descendiente de Carlos V— un papel político relevante no debido a su fortuna militar, sino a su condición regia. Y ningún otro héroe bélico aspiró jamás a trastocar el orden jerárquico y social bien reglamentado y sacral de la Monarquía Católica, cuyo horizonte nunca se anubló con peligros pretorianos o ínfulas caudillistas. De principio a fin, los reinados de Felipe II y su nieto estuvieron presididos por el signo de la guerra en todos los frentes internos —sublevación de los moriscos; anexión de Portugal y “alteraciones de Aragón”, éstas sin más víctimas, es verdad, que el Justicia D. Juan de Lanuza (20 de octubre de 1591) y los cinco ejecutados el 19 de octubre del siguiente año, pero con gran movilización de efectivos; rebelión de Cataluña e independencia lusitana— y externos —turcos, protestantes y franceses—; mas en ningunos otros soberanos españoles fueron más ardientes el deseo de paz y la comezón de la guerra, según demuestran, entre otras pruebas, sus ahincadas inclinaciones artísticas y sus jugosa y amplia correspondencia íntima. ¿Sintonizaron abuelo y nieto —fastigio y ocaso, para la opinión pública indígena y foránea, coetánea y posterior, del poder y el liderazgo mundiales de España— en dicho sentimiento con el de gran parte de la elite contemporánea de su país? Es difícil aventurar una respuesta en tal extremo, impregnado, debe recono-

cerse, de actualidad. Al ocuparse de una gran figura, gobernante pionero del auge planetario de la monarquía hispana, Cisneros, gustador del “olor a pólvora” y de su “desordenada afición a las empresas bélicas”, escribió una de las plumas más hondamente influyentes de toda la contemporaneidad hispanoamericana, la del Dr. Marañón, que en los días del célebre cardenal “Ni las violencias en el gesto (...) ni el creer, impiamente, que se servía a Cristo llenando de cadáveres de infieles los campos de batalla, tuvieron la adhesión unánime de los españoles en tiempos del mismo Cardenal, con ser tiempos tan dados a la glorificación impenitente de la guerra” (*Obras Completas*, Madrid, 1966, II, p. 594).

Sin duda, resulta arduo suscribir el juicio del autor de *Antonio Pérez*, nimbado con un aura atractiva y casi irresistible, sin bordear al menos el anacronismo, grave pecado historiográfico, en el que, conforme a la opinión de Braudel, con peserosa frecuencia incurría tan noble personalidad en sus estudios sobre la España moderna. Los humanistas de la Universidad alcalaína fundada por dicho prelado como gran parte de los españoles y europeos del quinientos —Vives a la cabeza junto con Erasmo— pensaban así, pero a menudo desiderativamente... Con pocas excepciones admitían, con mayor o menor relucencia, que el ejercicio del mando a escala mundial, en tiempos en que la *Universitas Christiana* se deshacía y el Islam volvía presentar su rostro más agresivo, entrañaba, en la realidad cotidiana del poder imperial, un estado de permanente vigilia bélica del lado del pueblo dominante. Desde la mayoría de edad del César Carlos y su acceso al trono de los Habsburgo, el lema dinástico de su Casa —“*Tu, felix Austria, nube...*”— no constituyó ya sino el recuerdo de un tiempo sobrepasado por circunstancias en nada semejantes a las vigentes en los días en que se acuñara. Como en la Roma clásica —modelo y paradigma a la mirada de las elites hispanas del momento—, en la España de los siglos de Oro, gobernantes y pueblo asumieron, con lógicas hondoneras y desfallecimientos, las responsabilidades dimanantes de su condición de supremacía, procurando acomodar a ella —importará repetir— sus actos y pensamiento.

Con ser omnipresente en sus biografías y decisiones, la guerra no llegó a desvirtuarlos. Los ocho siglos de incesante dialéctica bélica frente al invasor musulmán no encontraron solución de continuidad al advenir la modernidad, consolidando, con las innovaciones y técnicas de ésta, entre los españoles una cultura militar superior a la de ningún otro pueblo de su entorno. Pero esta cultura estuvo siempre encauzada sin desbordamiento en las restantes funciones del cuerpo social, conjugándose con naturalidad sus exigencias con las demás de una colectividad desarrollada política e ideológicamente. “Ningún pueblo europeo tenía al filo del 1500 un entrenamiento parejo al nuestro en sangrientas bélicas empresas que no eran aventuras caballerescas, en las cuales no solía llegar la sangre al río como podríamos decir vulgarmente, sino contiendas en las que se alcanzaban metas de barbarie y de perdurabilidad (...). Ningún pueblo europeo tenía —lo afirmo y lo reafirmo— al comenzar los tiempos nuevos un entrenamiento lejanamente pare-

cido al de Castilla, al de los descubridores y conquistadores de América”. (C. Sánchez Albornoz, *Aún. Del pasado y del presente*, Madrid, 1984, pp. 36-8).

El setecientos, el siglo borbónico, el del influjo francés por antonomasia, torna una página en la historia española. Pero sin comportar por ello una mutación de las coordenadas de la que seguía siendo aún la primera potencia en el tablero internacional. Incluso las bases de sus principales líneas de fuerza, tendentes a la uniformidad y centralización, se echaron antes de la muerte de Carlos II, respondiendo a la dinámica imparable del Levhiatán moderno. Para que el decorado no cambiase en demasía, los mismos franceses —regencia del duque de Orleans—, conforme a la tradición iniciada a principios del quinientos, irrumpieron en son de guerra en territorio vasco en abril de 1719 (tras ocupar Fuenterrabía el 18 de junio, las fuerzas del duque de Berwick dominarán todo Euskadi), como lo hicieran igualmente en las postrimerías del siglo anterior durante la guerra de la Liga de Augsburgo: toma de Barcelona en 1697, después de un sexenio de irrupción en el Principado, comenzada con la expugnación de Ripoll en 1691. Y los mejores tiempos del César Carlos, primer soldado de algunos tercios y un combatiente más en tantas batallas cruciales de su reinado —Túnez, Mülbergh—, parecieron reverdecer con Felipe V, “el Animoso”, al frente de sus tropas en el Milanesado — batallas de Santa Vittoria (26-VII-1702) y Luzzara (14 y 15 del siguiente mes), en la que fue levemente herido— y a lo largo de casi toda la guerra de Sucesión, desde la campaña de Portugal (marzo-julio, 1704) hasta los decisivos encuentros de Brihuega (9-XII-1710) y Villaviciosa (10 y 11-XII-1710).

Mas todo fue un espejismo. El tiempo de los reyes guerreros había pasado en las grandes monarquías occidentales —España, Francia, Gran Bretaña— en línea directa con la profesionalización a ultranza del arte militar. Hasta finales del setecientos, cuando la, en un principio, muy popular “guerra de los Pirineos” y con la salvedad de los tres sitios de Gibraltar y alguna que otra incursión de los piratas berberiscos y de las escuadras inglesas por el Finisterre y las Afortunadas, el solar peninsular —y el de los archipiélagos también, merced, en las Pitiusas, al legendario almirante mallorquí Barceló (1717-87)— se libró de experimentar en carne viva los desastres aparejados indeficientemente por la guerra. Tras sus experiencias en los frentes de Nápoles y la Toscana, en tiempos de la guerra de sucesión polaca, en los que se ventilaban sus opciones a la corona de la Dos Sicilias y aun a la herencia de los Farnesios, un soberano tan obsesivamente preocupado por la suerte de sus ejércitos como Carlos III no volvería nunca a revestirse de la armadura ni a mostrar externamente ninguna afición ni particular inclinación castrense. Su hijo, Carlos IV, acompañante lejano junto con su esposa de las ridículas hazañas godoyescas en la “Guerra de las naranjas” —20-V/6-VI-1801—, fue en sus maneras y *hobbies* uno de los monarcas de menor pedigrí militar de toda nuestra historia, sólo quizá superado por su primogénito, el “Rey Felón”.

A tono con este eclipsamiento de los fulgores y presencia de Marte en la Corte borbónica y sus personajes regios y como en el resto de buena parte de Europa, la población civil semejó estar orillada como nunca hasta entonces del contacto e influjos colaterales del conflicto armado. Parte de sus círculos más ebullentes y de sus medios culturales más en onda con “las Luces”, se afanó, con el apoyo y el estímulo incondicionales de los principales servidores de la Corona, por enquistar la prosperidad de la nación en el fomento a todo trance de las actividades económicas y educativas.

Por debajo de dicha superficie, sin embargo, la solicitud y cuidado de las armas en todas sus modalidades y contingentes llegaron a alcanzar un grado desconocido en la monarquía española. La divisa de los antiguos *Si vis pacem, para bellum* figuró obsesivamente en la gestión de los gobernantes dieciochescos, sinceramente penetrados por el credo pacifista de la Ilustración, pero aún tal vez más advertidos de las obligaciones castrenses y armamentísticas de uno de los principales protagonistas de una política internacional crecientemente sometida a tensiones e imperativos belicistas.

“Las Indias y el comercio”, eje vertebrador y gozne esencial del proyecto político de la España borbónica, requerían el sostén de una flota todopoderosa, capaz de enfrentarse con posibilidades de éxito a la vez con los postreros coletazos de la piratería musulmana y las escuadras de una Inglaterra que quemaba etapas en sus ambiciones económicas y estratégicas; una y otras, por lo demás, estaban testimoniadas desde la apertura de la centuria por el ondeamiento de su bandera sobre la “Roca”... Los cuadros dirigentes del país estuvieron a la altura de la misión. En la terminación de la centuria, la Armada española rivalizaba en tonelaje, competencia y pericia de sus mandos con la *Navy* de Nelson y Collingwood. En 1795, el legado ministerial del gran D. Antonio Valdés (1783-95) era el siguiente: 64 navíos, 48 fragatas, 125 menores, y 14 navíos, 4 fragatas y 58 menores, en armamento. Por las mismas fechas, la célebre expedición para hacer el levantamiento topográfico de toda la costa americana —30-VII-1789/21-IX-1794— de Malaspina —al mando de la corbeta “Descubierta”— y José de Bustamante —al frente de la “Atrevida”— dio espectacular testimonio, al conjugar su primitivo objetivo con otros muchos naturalistas, etnográficos, botánicos y geográficos, de la armonía y compatibilidad entre fines bélicos y humanitarios del lado del gobierno y las elites.

Trafalgar, de manera al par real y simbólica, y, poco después, la emancipación suramericana, de forma conclusiva, desbarataron el formidable empeño y echaron por tierra los legítimos sueños de una nación esencialmente marinera a la que el destino semejava afanado en recluir en la Meseta. Tras haberse alzado al primer puesto del *ránking* mundial, la Marina española languidecería ya sin mudanza, en medio de nostalgias y rifirrafes y contenciosos dialécticos con los ejércitos de tierra, acusándose unos y otra mutuamente de no haber logrado, desde los días de Ale-

jandro Farnesio y las campañas de Flandes, la indispensable coordinación para el remate de campañas decisivas...

Como en la monarquía de los Habsburgo, en la España de los primeros Borbones la sociedad hispana distó de ser una colectividad militarizada. Sin embargo, pese a la pátina pacifista que en buena parte la recubrió, las exigencias de su defensa interna y el desarrollo de su organización castrense dieron lugar a la creación de unas fuerzas paralelas o, más exactamente quizá, a un ejército de reserva representado por las Milicias provinciales y, en menor grado y en ciertas regiones, municipales, constituidas básicamente por antiguos soldados. Con Carlos III, el “Reformador”, llegaron a ser un instrumento nada desdeñable en la guarda y custodia de un territorio no siempre bien provisto, por razones varias, de tropas regulares. Si éstas ofrecían, como encarecen hodierno los especialistas, no pocas lagunas, carencias, e incluso corruptelas, puede imaginarse sin esfuerzo que el escenario no cambiaba en el despliegue de las referidas en primer término. Unas y otras, empero, cumplieron, siquiera en grado mínimo en muchas ocasiones, los objetivos primordiales de asentar los rudimentos de una verdadera defensa nacional.

Conforme resulta hartó sabido y aquí ya se ha recordado, América se convirtió desde la alborada del Siglo de las Luces en objetivo primordial de la gestión gubernamental. Tabicado el horizonte europeo y minusvalorado el africano, el Nuevo Continente se erigió en pieza angular de todo el edificio económico y estratégico que pretendieron construir —y, en buena parte, así lo hicieron— los gobernantes y estadistas dieciochescos. Objeto de muchas miradas codiciosas, su preservación territorial drenó las mejores energías de una Administración laboriosa y, en términos globales y, muy especialmente, comparativos, recta. Sólo la episódica conquista de La Habana por los británicos el 9 de agosto de 1762, durante la guerra de los Siete Años, colocó un lunar en la tarea acabada de citar. Y muchos otros lances de entidad compensaron con creces la mancha o borrón cubano —y el filipino: toma de Manila. La defensa de Cartagena de Indias veinte años atrás por un almirante hazañoso y empeñado, como otros muchos de sus coterráneos, en que la Marina y la Diplomacia eran campos acotados en la monarquía hispana por los vascos, D. Blas de Lezo, ejemplificó, en medida insuperable, el honesto y eficaz trabajo de la maquinaria burocrática y militar de la nueva dinastía, en cuyo organigrama ministerial, la Secretaría de Guerra, tras la de Hacienda y Justicia, ocupaba lugar preferente.

El sistema de Milicias de la metrópoli se extendió igualmente a todo el territorio americano. Con una organización social, étnica y racial, por tanto, más compleja y con mayores vacíos —a causa, principalmente, de su mayor déficit educativo— que en aquélla, se evidenció no obstante muy útil para ampliar la instrucción militar de considerables sectores de la comunidad y “socializar” los fines de la política de defensa puesta en pie por unos gobiernos que no ahorraron esfuerzo alguno en ello.

De esta forma se observa, a escala global de la monarquía borbónica setecentista, cómo existió en las instancias supremas un diseño bien implementado de organización de los Ejércitos y la Marina, dosificado en sus medios y claro en sus metas de contar con unas fuerzas armadas al nivel de una potencia renovada, que no cedía en mantener y preservar el rango alcanzado en la historia una vez conseguida su unidad.

1808-1898. O sea, una resistencia admirable contra la ominosa invasión del ejército más poderoso conocido hasta entonces por los anales de la historia, y una derrota digna frente a la agresión alevosa del pueblo que iba a marcar la ruta del inminente siglo XX. Ambas guerras, la napoleónica y la cubana, fueron muy populares. La evocación de la primera troqueló el sentimiento patriótico español en su andadura contemporánea. El crítico literario y político más temido e inconformista de una etapa abundante en espíritus iconoclastas y “heterodoxos”, Clarín, pronunció y, singularmente, escribió con ardimiento muchas veces la frase “Viva Cuba española”, consigna y banderín de enganche de los hipernacionalistas del momento. La efemérides del 2 de mayo esfumó la faz “apacible” de una centuria pacifista y desató de nuevo sobre el viejo solar y sus habitantes todos los vientos del conflicto y el enfrentamiento. Con paréntesis nunca muy dilatados, la nación vivió en permanente estado de guerra desde el levantamiento contra el francés hasta la fecha también liminar del “Desastre”. Las contiendas fratricidas de origen dinástico se encajaron con conflictos menores como la intervención en Portugal en 1846, Méjico-1862-63, o Conchinchina en 1859, o de mayor entidad a la manera del africano de 1859-60 o los cubanos de la “Guerra grande 1868-78” y la “Guerra chiquita 1879-80” y la que desembocó en la independencia de la Gran Antilla, fin de ruta y del calvario sufrido por un pueblo jibarizado irrefrenablemente en casi todas sus manifestaciones. Los intersticios y huecos entre con los conflictos señalados se rellenaron con multitud de episodios que bien cabe categorizar, en casi todos los casos, como guerras anónimas y de corto impacto mediático como se diría en la actualidad, pero no sin escolta de muertos, mutilados y pérdidas de diversa índole. La “campana de Melilla” de 1893 o la del Pacífico a cargo de la escuadra del vicealmirante pontevedrés Casto Méndez Núñez así lo atestiguan. El mismo y famoso comandante de la “Numancia” como otros marinos de su generación —Malcampo o Topete, por ejemplo— alcanzaron su celebridad inicial en los duros e inacabables combates y escaramuzas con los piratas y reyezuelos filipinos, en una coyuntura de muy prolongada cronología, según acaba de de exponerse.

La guerra no hizo ya al rey, como en los tiempos medievales. Pero configuró el Poder e hizo la Política al labrar la fortuna de los milites que pautaron la marcha de la nación. Ni los pronunciamientos ni el pretorianismo institucionalizaron regímenes dictatoriales o de excluyente impronta marcial. Pero la “apelación al soldado”, desconocida por completo en la trayectoria de la España moderna, se haría ahora frecuente por el liderazgo ejercido en los débiles partidos políticos de

la fase del consolidamiento del sistema liberal por los caudillos alumbrados por el conflicto dinástico. Estos generales no gobernaron en militar y en ningún momento albergaron idea alguna de tramutar en dictatorial el poder o ascendiente de que gozaron en anchos sectores de la opinión durante las coyunturas más salientes del afianzamiento de un Sistema, por el que lucharon con braveza en los campos de toda la Península. No obstante, el magnetismo de algunos —Espartero, Narváez, Prim—, la discreción y sentido de la responsabilidad de otros —O'Donnell, Pavía (quizá, sin paradoja, el más “civilista” de todos los integrantes de la mencionada generación, de la que viniera a ser el último representante en el tiempo)— y el aura de refulgencia que nimbara a todos, otorgaron, en la España de comedios del XIX, a la condición militar un crédito y atracción inigualables. A través de sus biografías, con permanente presencia en la publicística y la propaganda, la sociedad urbana se familiarizaba con los hechos de guerra, demostrando viva simpatía por el ejército que hizo posible la equiparación del país con los más grandes de la época; al tiempo que en las zonas rurales, de amplia e irrestañable lealtad al carlismo, los soldados de la Causa gozaban de similar o, si era posible, aún de superior popularidad entre las masas campesinas, en especial, las norteñas.

El muy resaltado y estudiado *tourmant* canovista, al advenir la Restauración, no modificó grandemente las bases de dicho clima. El auge social y el crédito concedido a la institución castrense mantuvieron, expansionándola, la onda surgida en la etapa isabelina. La popularidad que circundaba a todo lo relacionado con la vida militar llegaría entonces a su fastigio en la historia española. El “recogimiento”, neutralidad y pacifismo del régimen canovista en nada aminoraron el impacto en la retina de todas las clases de la nación de imágenes tales como la entrada del buen rey D. Alfonso en su Corte rodeado de uniformes de todas las Armas; escena repetida en el mismo año y con mayor vistosidad y aparato todavía al regresar victorioso en el duelo con su primo D. Carlos VII, el más militar de todos los de su dinastía y aun de todo el legitimismo europeo... En sus últimos estertores, el romancero incorporó figuras y episodios antecitados, en tanto que la Musa popular, mediante canciones de cuna o de rueda, y el género chico a través de la zarzuela preservaron, con altos índices de audiencia, durante largas décadas el culto por el soldado, desde el de baja graduación hasta el de bandas y entorchados.

Los dos periodos de parlamentarismo y gobierno quizá más acendrados de toda nuestra historia decimonónica, con dos soberanos de impecable comportamiento constitucional, asistieron así a la exaltación de lo militar, y, por ende, aunque por vía indirecta en muchas ocasiones, de lo guerrero. En días en que el proceso de secularización echaba a andar con paso ligero en algunas capas sociales, la vertebración del país encontró en dicho sentimiento un lazo de innegable importancia. Ninguna división pasaba por la actitud de los diversos sectores políticos ante el estamento castrense. Unos y otros rivalizaban en calor ante un Ejército que no conocía justamente sus mejores horas, convulsionado en su estructura íntima por el

impacto de Sedán y la inaplazable necesidad de adaptar sus estructuras a una organización en que la técnica y la ciencia contemporáneas tenían forzosamente un influjo de primer orden. Ninguna fuerza política e ideológica de ambición nacional —fuera, bien se entiende, de los movimientos antisistema— veía en el Ejército un torcedor presente o futuro de la marcha del país hacia el progreso, auspiciado no pocas veces por sus mismos cuadros, conforme de modo incesable describiese coetáneamente el escritor de mayor audiencia pública: Galdós. Cuando el anticlericalismo se convertía en una de las palancas de la vida política del momento, el antimilitarismo no seducía ni siquiera a los espíritus juveniles más inquietos. Las evocaciones de la infancia y mocedad por algunos de entre ellos alineados en posiciones vanguardistas al menos hasta las fronteras de la vejez, a la manera de un Lerroux, testan irrefragablemente a favor de ello. Una aureola de respeto envolvió invariablemente sus relaciones con el vasto mundo militar de la época, de dimensiones, no es ocioso repetir, y ramificaciones múltiples. Bien que el socialismo de corte guedista fuese menos militarista que el alemán o el austríaco, hasta el cruce de siglo Pablo Iglesias y sus seguidores no desentonaron en ningún momento de la tónica descrita. En último término, el Ejército era a sus ojos un instrumento de igualdad y promoción sociales.

Según se comprende fácilmente, el trasunto de la absorbente presencia de lo militar y, por consiguiente, de modo más o menos ostensible, de la guerra y de la cultura generada por el fenómeno bélico en la literatura y las artes del ochocientos alcanzó igualmente un nivel máximo. Aunque integrantes egregios de la generación del 98, Baroja y Valle-Inclán, educados en la centuria de su nacimiento, continuaron la epopeya de su denostado D. Benito —con mayor simpatía por los “cruzados de la Causa” en el caso del autor de *La busca*—, interpretando, en última instancia, el siglo XIX en clave guerrera: vencidos y vencedores. La niñez y adolescencia bilbaínas del escritor de una novela nunca sepultada en el mundo del olvido, *Paz en la guerra*, estuvieron y se rememoraron por Unamuno sumidas en tal simbolismo. Autores de menos veta historicista tanto de la gran generación de 1868 como de la del 98 pagaron también literariamente tributo al dios de la guerra, con narraciones de diverso tenor y extensión, desde el cuento y el cuadro de costumbres a viñetas y novelas de abultado tomo. En el más revolucionario de todos, Blasco Ibáñez, se espigan sin trabajo especial páginas —y muy hermosas, a las veces, estéticamente— de batallas y personajes parcial o completamente consagrados a uno de los más viejos oficios del mundo. Pereda, Palacio Valdés y hasta la Pardo Bazán no constituyen categoría aparte en tal sentido, al paso que Clarín se manifestó convicto y confeso en el nacionalismo más rancio de sabor castrense con su férvida militancia de la presencia española en Cuba mediante el recurso a la fuerza; y hasta en una escritora de sensibilidad femenina desbordante como la Fernán Caballero, fuente indiscutible del gran manantial de la novelística decimonónica, los ecos de la guerra de la Independencia y la primera carlistada se escuchan y pueblan en ocasiones sus cuentos y novelas, que no dejaran tampoco de oírse en

algunas de las páginas del Valera ficcional. Con idéntico paisaje literario nos topáremos, según se recordaba más arriba y con diversidad espacial, con la producción de Azorín, de ambos Machados y del muy britanizado Maeztu, el único, en compañía en cierto extremo del mayor de los Machados, entre todos los mencionados víctima directa de la violencia y la pasión belicista de tan ancho caudal en todos los caminos del pasado de su país.

Conforme era lógico, las artes se ocuparon mucho de las guerras intestinas contemporáneas y casi con igual intensidad de las del pasado. En línea también con un talante tradicionalista al que “las luces y el progreso” del siglo estuvieron lejos de quebrar, el grabado, la pintura, la escultura monumental, la prehistórica fotografía y la música tuvieron, en numerosas etapas, a las escenas y personajes bélicos como principal temática y prodigaron las referencias y alusiones sobre combates, hazañas y desastres... Aunque el pensamiento prevalente no fuese, como es bien sabido, muy afecto a la España de los Austrias, cuyos momentos estelares procuraron eclipsar en las esferas artísticas y culturales, la pervivencia del romanticismo y el auge de los cuadros de historia, mantuvieron en alza la atracción por los tiempos medievales —sobre todo, en la alta Edad Media—, época en que nuestro país fue, de lejos, el más sometido entre los europeos a un permanente esfuerzo bélico. Reconstruidos por la llamada pintura histórica muchas de las páginas y episodios de la fase en que se situaba la verdadera aparición de la identidad nacional, este sentimiento condujo a que toda clase de pinceles dejaran testimonio de combates y hechos bélicos descollantes, desde Covadonga a las Navas de Tolosa, con otros muchos lances guerreros de los diversos reinos que protagonizaron la reconquista. En tan copioso elenco abundaron también sucesos del mismo siglo XIX, en que pintores muy cotizados y sobresalientes como Castillo Alensa, Gisbert o Fortuny legaron a la posteridad algunos de los más importantes cuadros de la producción artística decimonónica. Numerosos edificios oficiales —muy en primer término, las sedes de ambas Cámaras legislativas— se adornaron con muestras de diverso valor de dicho género, a través de las que se hacía una completa lectura y pedagogía del pasado de la nación, en que tradición y progreso lograron, a la vez, un equilibrio carente en muchas otras expresiones de la vida pública y social. Que la guerra había sido la compañera sempiterna del recorrido del pueblo español por la historia era la conclusión más alza-primada e irresistible que extraían todo espectador de los monumentos y edificios públicos y el paseante por las plazas y calles del centro de las ciudades españolas —y también de las no españolas, pero, sin duda, en menor proporción.

De otro lado, al alcanzar la mayoría de edad docente e institucionalizarse la historia como estudio fundamental de los escolares y bachilleres, los infinitos avatares y figuras bélicas del pasado hispano, tejido, en ancha medida, por ellos, se detallaron —a veces, con taracea— en las páginas de los libros de texto, contrarrestando el impacto que en la imaginación de los niños y jóvenes producían los conocimientos relacionados con la paz y la solidaridad de naciones y pueblos. En con-

siderable número, dichos manuales se escribieron por profesores, en general, de tendencias avanzadas en su época —republicanos en no corta cifra—, pero cuyo enardecimiento nacionalista en nada cedía al de aquellos de sus colegas de credo político y aun religioso antagónicos. En no pocas ocasiones, llegaría a establecerse un verdadero pugilato “patriótico” en la narración de capítulos esenciales en la construcción del país que tuvieron como principales actores a las armas y los capitanes de mesnadas, huestes, tercios y de ejércitos enteros... Consciente o inconscientemente, incluso por autores de limpia prosapia democrática y liberal, se legitimaban así poderes políticos y sociales por el peso e influjo de la espada en descripciones en que sólo —y no siempre— los juristas y hombres de leyes —aparte, claro es, de los eclesiásticos— contrapesaban su primacía y ascendiente.

No muy otra, desde luego, era la pintura que se encontraba en los grandes relatos históricos a la manera de los de Pirala sobre las guerras carlistas y en las historias generales destinadas al público ilustrado que corrieron a cargo de autores tan prestigiosos como D. Modesto Lafuente —autor, como es innecesario recordar, de la primera visión de corte moderno y científico— o Valera, al que se debe la dirección y redacción de algunos capítulos de la continuación de la obra del escritor leonés —*Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII* por Don Modesto Lafuente. Continuada desde dicha época hasta nuestros días por don Juan Valera, de la Real Academia Española, con la colaboración de Don Andrés Borrego y Don Antonio Pirala, Barcelona, 1882, 871 pp.— No obstante el linaje pulcramente liberal y pacifista de dicha triada capitolina, la materia bélica proporcionada por las luchas fratricidas de la centuria así como por las campañas y expediciones en el extranjero que tuvieron lugar en la misma prima sobre cualquier otra. Las exigencias del fiel guión de la trayectoria del siglo sin duda lo demandaba; pero también las derivadas de un clima cultural y social a las que autores tan encumbrados y en el vértice de su fama literaria no se atrevían a contrariar, arrojando al agua al molino de sus preferencias artísticas y creencias ideológicas.

En la mentalidad de los españoles frente a la *magna quaestio* de la guerra y la paz el siglo XX significa por vez primera en su historia si no un punto y aparte, sí un cambio de paisaje. Será discutible durante gran parte de su transcurso si tal mudanza es, en la jerga del día, “estructural” y de hondo calado o más aparente y superficial; pero en modo alguno cabe cerrarse a la evidencia de una transformación sin precedentes en la sociedad hispana, articulada antropológica, cultural y plurisecularmente por motivaciones guerreras. Es lógico que en la génesis de un fenómeno de tal entidad se dé cita un nutrido haz de elementos detallados en monografías y obras especializadas. Aquí se recordarán como determinantes un permanente y, en ocasiones, visceral antimilitarismo y la extensión de una educación y una sensibilidad cultural —reflejo, a veces pero no siempre, del primero— que tienen como fundentes las causas de la paz. En tanto crece imparablemente la marea antimilitar cuando el país goza de un régimen de libertades, la ideología pacifista

se difunde a través de todos los medios de información y formación intelectuales y artísticos. Según se entiende sin mayor dificultad, el proceso conoce altibajos y tarda en imponer su prevalencia, pero resulta arrollador.

Por razones no siempre justas ni limpias, el Ejército como institución quedó en el imaginario colectivo como principal responsable del desastre ultramarino y, apenas sin solución de continuidad, de la guerra de Marruecos. En uno de los principales intersticios de ésta, en la grave crisis política del verano de 1917, las fuerzas armadas, utilizadas como aparato represor por la Corona, salvaron el Sistema, acentuando así su distanciamiento de amplia parte de la población, al mismo tiempo que su enrocamiento y se adentraban en una deriva corporativista finalizada en términos reales casi con la misma centuria. En el tránsito del ochocientos al novecientos con el cambio de agujas experimentado en la trayectoria del nacionalismo español, pese al laicismo y pacifismo —ambos, no obstante, relativos y, a las veces, muy relativos...— de sus principales teorizadores, el Ejército consiguió ocupar un papel estelar en la esencia y custodia de los valores supremos de la identidad colectiva, compensando así de la excentricidad las nuevas perspectivas abiertas en la sociedad y, en ocasiones, el propio proceso modernizador.

Acuartelado anímicamente y presa frecuentemente de un complejo victimal, el estamento castrense viviría los grandes acontecimientos sobrevenidos en el país con la década de los treinta. Hay más de un indicio en su comportamiento en el cambio de régimen para sospechar que su desenganche monárquico en 1931 —Alfonso XIII fue el rey español que vistiese durante más horas el uniforme militar, y más solicitud y hasta obsecuencia manifestara ante sus cuadros— obedeciera, en última instancia, al deseo de “recuperar” su identidad más genuina y “lavar” en el Jordán republicano sus errores de la Dictadura. Al margen de la exactitud o no de tal hipótesis, es lo cierto que su posición de neutralidad beligerante en el advenimiento de la Segunda República no puso término a su enclaustramiento público. Por supuesto, la guerra civil lo devolvió al torrente de la vida social, pero sin acortar, antes el contrario, el abismo que ya lo separara de capas tan extensas como influyentes de la comunidad nacional. Parte de éstas llegarían, incluso, a estimarlo, con ostensible desmesura, como un “Ejército de ocupación” del propio territorio patrio. Los esfuerzos hechos durante el franquismo por colmar tal separación del lado de los círculos más profesionales y abiertos se estrellaron contra las muchas trabas del Sistema y el clima que, tras las posguerras española y mundial, ganaba aceleradamente terreno en Occidente pese a la división en bloques durante la muy larga fase de la denominada “guerra fría”. Mientras tanto, la mayoría del país continuaba equiparando el micromundo o amplio ambiente castrense y paracastrense de la época de la segunda dictadura militar del novecientos hispano con la cultura de la guerra de su fisonomía tradicional. A pesar de que, como quedó dicho ha un instante, el arte en sus diferentes expresiones y los restantes medios culturales en su vertiente más avanzada reducían drásticamente la temática bélica, el régimen propició

con éxito hasta la “década prodigiosa” la difusión de *comics* y películas de patente indígena con exaltación y mensaje de enaltecimiento de las cualidades de una raza guerrera. Abundantes desfiles y paradas de los “tres Ejércitos”, peralte y sobredimensión de los aspectos bélicos de los capítulos más difundidos del pasado del lado de libros de texto y una subvencionada literatura castrense y otras actividades de igual tenor no cesarían, durante los calificados por sus adversarios “como los años de plomo” de nuestro reciente pasado, en perpetuar una visión de la historia y un concepto de nación en franca retirada ante corrientes sociales con muy superior fuerza configuradora.

Restablecida la democracia, España sería el país de la Europa occidental en que el rechazo del servicio militar obligatorio —gran conquista en otro tiempo de una sociedad igualitaria— por parte de la juventud alcanzara niveles más elevados: cerca de un millón de objetores, cuarenta mil insumisos. Toda la publicística y la producción de los sectores audiovisuales se caracterizaron en algún periodo de la Transición por su uniformidad y monolitismo antimilitaristas. Al tiempo que uno de los novelistas de mayor ascendiente en el terreno narrativo como en el de la construcción de una ideología a tono con los tiempos consolidaba su precoz fama con una sátira despiadada “del ardor guerrero” impartido en los coletazos del servicio militar, otro director y autor teatral de no menor relieve e influjo atesoraba una popularidad semejante en la *intelligentzia* y la juventud del país. Héroe y villanos no se reclutaban ya en el mismo campo que a lo largo de siglos. La renitencia ofrecida en los postreros decenios de la centuria por el líder y gran parte de la dirigencia de su partido a la apremiante supresión de un modelo militar que mirase en gran parte de su andadura como “social y progresista”, y su liquidación trastabilleada y alhacienta, en las fechas liminares del novecientos por un gobierno conservador pusieron a la luz no sólo las contradicciones de la política de una época y el absoluto desconcierto de las elites castrenses, sino también —y primordialmente— la almoneda de una herencia digna de mejor administración.

En la avanzada, probablemente, hodierno entre las naciones de su entorno en el entusiasmo pacifista, España se encuentra aún necesitada de una cultura de la paz arquitrabada y bien implementada en las exigencias ineludibles de una cultura de defensa en un país de posición geográfica y legado histórico de indiscutibles vetas bélicas. La paz, bien supremo a escala individual, estatal y ecuménica, requiere, en el despegar del tercer milenio, la misma dosis de prudencia y riesgo que en los días más alciónicos —muy escasos, por lo demás, en el calendario de la historia— de la aventura humana. Las generaciones actuales no constituyen el último eslabón de la cadena de los hombres y mujeres que hicieron a España y acaso tampoco las más avisadas y refulgentes. *Si vis pacem, para bellum*: hay apogemas a los que el correr del tiempo no los devalúa.